

TANTOS AÑOS DESPUÉS...

Era el típico lunes por la mañana.. Despertarse sin haber dormido lo suficiente. Tomar el desayuno tan rápida y frugalmente que apenas parece, dicen, la comida más importante del día. Asearse y vestirse con prisas. Si, podía ser un lunes por la mañana cualquiera, pero no lo fue. Ese día, Roberto tuvo que esperar el autobús; su coche estaba en el taller y no era nada agradable, desde la fría soledad de la marquesina, ver a la gran mayoría de las personas aún durmiendo en sus casas y aún lo era menos congelarse sentado en el banco metálico mientras unos pocos afortunados conducían un coche cómodo y con calefacción.

- Pero bueno - se dijo -, son las cosas de temer un negocio y vivir lejos de él. Eran las seis en punto de la mañana. El autobús se acercó a la parada y se detuvo con un chirrido que resonó en la calle, casi vacía, de gente. Roberto comenzó a buscar su cartera por los bolsillos del pantalón y la chaqueta pero no estaba. ¡No podía ser! ¡Llegaría tarde! Seguro que se le había caído en la calle en un descuido... EL conductor del autobús no esperó más y siguió adelante. Ahora tendría que esperar otros quince minutos o más al siguiente autobús. Hasta aquí todo normal, le podía haber pasado a cualquiera, perder el autobús era algo habitual... Pero no lo fue que, al sentarse en el banco metálico de la parada, observara, además de su cartera que recogió aliviado, un pico blanco que sobresalía del hueco entre el asiento y una las vigas de la marquesina de la vieja parada. Tiró de él y vio asombrado lo que era: una carta.

Dentro de un sobre amarillento, que sin dudas fue blanco en sus mejores tiempos, sin ningún remitente ni dirección, probablemente borrados por su permanencia al aire libre, había unas cuantas hojas también deterioradas, sin fecha ni nombre. Ignoraba cómo había llegado hasta allí esa carta y cuánto tiempo llevaría oculta pero se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y miró a ambos lados de la calle, como si alguien le vigilara. Justo entonces llegó el autobús.

En la puerta del restaurante en el que Roberto trabajaba, estaban charlando todos los empleados. Él era el encargado de abrir el local ese día y había llegado tarde, por lo que recibió una reprimenda del jefe y las bromas de sus compañeros. Al finalizar su turno, estuvo hablando con algunos de ellos, que antes o después se fueron. Se quedó a solas con Alima, una de las camareras, que le preguntó:

- ¿Qué te pasa Roberto?, parece preocupado.

Roberto respondió evasivamente:

- No, nada... es que he encontrado algo y...

Ella parecía extrañada, y le preguntó si lo que había encontrado era una cartera o algo de valor. Roberto le dijo lo equivocada que estaba y le mostró la carta, que leyeron juntos, sentados en un banco. No tenía fecha pero evidentemente era antigua. Aproximadamente, decía así:

" Espero que quien encuentre esta carta sepa lo que debe callar y lo que no, para poder reparar el error que yo cometí.

No he puesto fecha porque no importa cuando sucedió, solo puedo decir que fue a finales de un mes de noviembre o tal vez a principios de diciembre. Yo era médico y tenía mi propia consulta en una calle céntrica de una gran ciudad. Había ganado prestigio profesional y también bastante dinero. Atendía a todo tipo de pacientes, algunos casos serios y graves y otros innecesarios, que se debían al aburrimiento de quien no tenía qué hacer o del hipocondríaco. Pero la única vez que afronté una desgracia, en la que de mí dependía la vida de varias personas, no en un quirófano, no respeté el juramento que había prestado al doctorarme. Viejos prejuicios tuvieron la culpa. Ya sin rodeos, comenzaré mi relato.

Cuando conducía por la autopista, de día, para ir a trabajar, fui el único testigo de un accidente a las afueras de la ciudad. Un camión arrolló a otro vehículo, con tres ocupantes y se dio a la fuga. Yo vi claramente su matrícula y vi también el coche destrozado y cómo dos de los ocupantes, un niño y una mujer, seguramente madre e hijo, rodaban inconscientes hasta la carretera, mientras el conductor iba a aparcar cerca de unos arbustos. Yo lo conocía. Desde pequeños

estudiamos juntos y desde pequeños nos odiamos mutuamente. Paré el coche y tras comprobar que los dos heridos tenían pulso y respiraban, llamé al servicio de emergencias. Me preguntaron que cuántos heridos había y, en un acto de ciego odio, ignoré al otro herido y respondí que dos. No le di más importancia por que supuse que encontrarían a tiempo al tercer herido, aunque estuviera detrás de unos arbustos y hubiera quedado fuera de la vista. Las ambulancias llegaron y la policía también y yo me fui, habiendo explicado antes lo que sucedió y dando la matrícula del camión. Se salvaron dos de los heridos. Al tercero no lo encontraron hasta que fue demasiado tarde. Pudo haberse salvado pero por mi culpa....Cuando oí esto en las noticias de la mañana, lo primero que hice fue pensar que no había hecho nada malo, que lo ignoré por odio pero que los servicios de emergencias no cumplieron con su obligación porque no buscaron bien. Lo segundo fue asegurarme de que nadie podía atribuirme el crimen. La justicia no tenía pruebas contra mí, excepto el testimonio del camionero borracho que arrolló el vehículo, y eso si lo encontraban. Como no tenía la conciencia tranquila, al día siguiente declaré en la Comisaría de policía. No sirvió de nada, sólo les dije que había tenido la culpa de que el conductor muriera pero me contestaron que no tenía responsabilidad, que esas cosas pasan y que yo ya hice bastante.

¿Qué más podía hacer?. Nadie me creería si contaba la verdad. Pero cada día que pasaba los remordimientos me pesaban más en la conciencia y no me dejaban dormir bien. Creo que el camionero responsable del accidente logró huir y, además, a los pocos días el accidente quedó olvidado como tantos otros que vemos y oímos en los informativos. Sólo yo lo recordaba. Ya desesperado, fui a la tumba de la persona a la que había asesinado y miré su nombre: Arturo, se llamaba. Junto a la lápida, muy de noche, le grité que me perdonara. También le dije que pronto me reuniría con él. Ya sólo me quedaba pedir perdón a la viuda y al chico. Espero que algún día se apiaden de mí. Antes deposité esta carta, testigo mudo de mi crimen, en un banco de una parada de autobús. Quien la encuentre, tantos años después, podrá aliviar mi conciencia si actúa correctamente. Yo pronto me reuniré con Arturo; todos los somníferos que he tomado lo harán posible. Aunque ahora que lo

pienso, es verdad que quien decide suicidarse se da cuenta de que sus problemas son insignificantes cuando ya es demasiado tarde”.

Así concluía la carta, que resultaba extraña para Alima, pero que para Roberto era como su infancia narrada por otra persona. ¡Así murió su padre! Por aquel entonces él tendría cinco o seis años... fue horrible. Se echó a llorar y entre sollozos lo contó todo a Alima. Mañana llevarían la carta a la policía. Tantos años después... resultaría difícil de creer. Aunque era posible que en ella estuvieran aún las huellas dactilares de su autor. Roberto apenas durmió. No podía conciliar el sueño. Esa noche, la luna brillaba más de lo normal. Como un faro entre el mar de nubes del cielo, parecía llamar por fin al descanso eterno a alguien que yacía en el cementerio, tantos años después...

Félix Domínguez Vázquez. 13 años.

Huelva